

HUGO SALCEDO

Cocinar el amor

PERSONAJE ÚNICO:

Juan Carlos, con un poco menos del medio siglo de vida.

Es alto y fuerte aunque ligeramente pasado de peso.

Viste de manera informal pero con elegancia.

LA ESCENOGRAFÍA *deberá representar exactamente las reducidas dimensiones de una moderna cocina integral. No ha sido hecha a la medida sino que se trata de esos modulares adquiridos en partes pero que guardan cierta unidad en el diseño.*

Dos puertas de acceso: una de metal hacia la calle con su ventanita sobre el fregadero y adornada gracias a una cortina que hace juego con las cubiertas del tostador, de la licuadora y del secador para las manos. La otra puerta es de madera, con un cristal circular al centro y que conduce al comedor y resto de la casa. Todo guarda orden y buen gusto. No hay nada fuera de su lugar y podría pensarse que se trata de una cocina de exhibición a no ser por el sonido chillante del refrigerador; por la continua, insistente gota que sale de la llave de agua, y por la olla de presión que sobre el fuego, ha comenzado a hacer bailotear su válvula.

Sobre la barra para preparar los alimentos, descompone el cuadro culinario un televisor y una cáñara de video que evidentemente han sido trasladados para la ocasión.

Es sábado a mediodía.

Después de un silencio, escuchamos el tintineo de las llaves que intentan abrir la cerradura hacia la calle. El rechinado de la puerta.

Aparece Juan Carlos muy aprisa, con enormes bolsas del supermercado. Corre a la olla de presión y la quita del fuego. La baña bajo el chorro de agua, la destapa y pone la carne en un platón al tiempo que comienza su discurso.

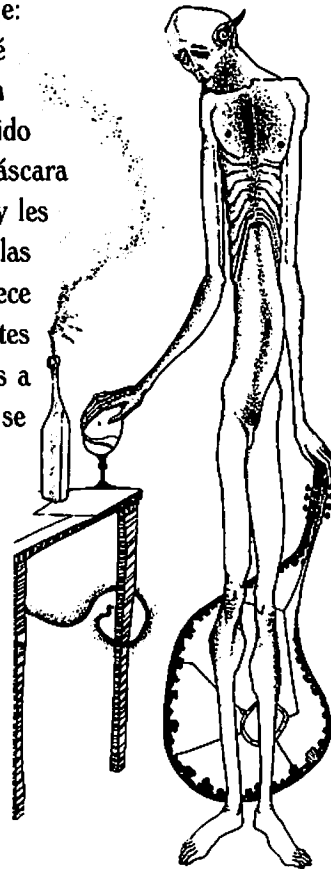


JUAN CARLOS. ¡Ay, Dios mío! A ver si no se le secó el agua. Todo el vecindario huele a gallina quemada. ¡Uf, apenitas! Un segundo más y esto queda hecho chicharrón. Creí que no llegaría a tiempo. (*Viendo la gallina.*) Muy bien. Manos a la obra. Ya se me hizo agua la boca. (*Mientras se enfría la carne, guarda latas y verduras que ha traído, dejando a la mano lo que ocupará de ahora en adelante.*) Una copita es necesaria para templar los nervios. (*Abre una botella. Se sirve y bebe de golpe. Respira.*) El tráfico se pone pesado a esta hora del día, además de las interminables colas en el súper. Odio que no les pongan el precio a los productos. Lo detesto porque si se lleva prisa y con el tiempo justo, parece que todos se empeñan en retrasarlo a uno. (*Imita a la cajera.*) "¿No vio a cuánto está el frasco de aceitunas? ¿No se fijó en el precio?" ¡No señorita! Yo no me fijo en eso. Yo nunca las acostumbro. ¿Cómo voy a saber? Y es que es el trabajo de ellas. Ni cobrar saben. Lo peor es que, disque para lucirme, escogí las aceitunas rellenas. ¿Y saben de qué están rellenas? ¡Rellenas de hueso! Sí, porque hasta la etiqueta está equivocada. (*La muestra.*) Aquí claramente dice que son aceitunas rellenas, ¿y qué pasa? Que saliendo de la tienda abro el frasco y me encuentro con que las aceitunas están rellenas de hueso, hueso de aceituna.

Pero no va a quedar aquí la cosa, mañana o pasado voy con la misma señorita y le llevo el montón de huesos en un plato, porque eso sí, primero me las voy a comer todas. Le voy a decir que buscaba si las de más abajo eran las rellenas, pero que todas me salieron cambiadas. No es la primera que me hacen ni será la primera que les conteste. ¡Me harta que quieran verme la cara, que no tengan consideraciones, que me tomen como plato de segunda...! (*Suspira.*) Por lo demás, nada peor que esto: un estúpido escuincle que me embarra de nieve el pantalón, los chocolates que no sé cómo fueron a dar en el

carrito y que me cobraron sin que yo los quisiera... (*Los saca.*) ¡Estos, estos mugres chocolates! (*Quita el celofán, los abre y come uno.*) Cuando menos no saben tan mal... Pero bueno, yo creo que es el riesgo de estar vivos, te pueden pasar cosas que ni te imaginas... por eso yo tengo mis ahorros en el banco. Así si algo me pasa estoy preparado. Soy completamente consciente del riesgo que se corre por estar vivos y pobre de aquel que se sienta que nada puede sucederle porque en el momento menos esperado, o te araña un gato negro con rabia y mugre y se te pudre la pata con todo y mocasines, o te cae en la mera cabeza una de las manecillas del reloj de catedral y allí quedas. Muerto para siempre. O la otra, te da un soplo en el corazón (*Sopla levemente.*) y fin. *The end.* Te mueres como se mueren las velitas en el pastel de quinceañera, con las ilusiones, los chambelanes y el vestido nuevo. Si acaso eso me sucede... aunque bueno, ya no estoy para bailes de quince años... a menos que me inviten de chambelán... (*Triste.*) Pero no, ahora sólo a lo que voy a las fiestas es a entregar el pastel, los canapés o la gelatina. Me encanta la repostería. Y no falta, o a la amiga de la comadre, o a la compañera de la oficina, pero siempre hay trabajo para preparar los banquetes. Antes lo hacía por gusto. Yo mismo compraba la harina, la grenetina y el azúcar *glas*. Es un oficio que siempre me gustó. No sé por qué me inscribí en la escuela de turismo. Sólo a calentar el asiento porque éste es mejor negocio. Bueno, pues antes lo hacía solamente por recibir las "gracias" pero hay gente tan malagradecida que se quejaba por el pan quemado, la gelatina que no cuajaba y esas cosas. Así que un buen día me dije: "Juan Carlos, te están viendo la cara de pendejo". Y comencé a cobrar. Ahora todo marcha mejor. Tengo una agenda y un block de recibos de honorarios. Ya sea conocido o desconocido el cliente, y entre que me dice si es con pasas o con cáscara rayada, yo voy haciendo recuento del grado de dificultad y les digo del costo total y del adelanto. Al principio me hacía bolas con tanto número pero ya me acostumbré. Total. Si les parece muy caro entonces que vayan con otra gente. Y no. Los clientes entre más pagan como que están más conformes, y gracias a Dios no me falta trabajo. Son ayudas extra. Pero también se ocupa de oficio y de inversión.

Me gusta superarme y tomo cursos. Primero lo hice por distracción, para desaburrirme de la oficina, ver otras caras, hacer otras cosas. Y no me lo van a creer: compré mi volkswagen, acondicioné la cocina, me compré discos de música extranjera. Eso es cultura. Ahora estoy construyendo mi estudio en la segunda planta. Quiero poner mi piano de cola, un piano de caoba, carísimo... Bueno, con decirles que me estoy animando a comprar unos tucanes. ¡Me encanta lo exótico! Y para tener mascotas que mejor que un par de tucanes. La parejita. El macho y la hembra,



Cena del rey (detalle), 1975.



claro. Son animales inteligentísimos. Allá en el baño tengo una foto de ellos. La recorté de un calendario y le mandé hacer su marco. Pero si marcha todo bien, me animo y los compro para tenerlos de verdad. Total, si se me mueren los mando disecar y compro un cassette con sonidos de la selva amazónica. Así hago de cuenta que están vivos. No, eso no es cierto, no vayan a creer lo que les digo. *(Con una mirada terrible.)*

Aunque al decir verdad, tengo una clara tendencia criminal por las aves. De chico iba y ahogaba a los pollitos en una cubeta de agua, los confundía con patitos y los obligaba a nadar. ¡Nunca sueño que me interno entre los manglares del

aprendieron! Ahora de mayor,

trópico con el fin de cazar quetzales, cocinarlos a la pibil. *(Ríe.)* Ah, eso sí. Yo duermo en un colchón de plumas de ganso y me encantan los menú a base de pajaritos: codornices, patos, faisanes, pingüinos... Hoy precisamente compré la gallina para experimentar la nueva receta... con que no sea gallina de las que usaron en el vudú o en las misas negras, y la receta quedará riquísima.

(Saca una veladora y la enciende. Esta quedará prendida hasta el final de la obra. Luego, Juan Carlos comienza a desmenuzar la gallina comiéndose alguna cosas de cuando en cuando.)

Fuera de bromas, lo que siempre hago antes de preparar la comida es encender una veladora por tres razones fundamentales. Primera razón: por las gallinas difuntas, bueno, no sólo por las gallinas, sino también por los cerdos, las vacas y los perros y los caballos. Es decir, por los animales que exterminamos del planeta para ingerirlos en nuestra merienda. Ah, y por los gatos. Sé hacer una birria de gato de súper lujo. Sobre todo si se trata de gatos siameses...

(Pausa.) Segunda razón: por agradecimiento al cosmos que nos da los alimentos, y por habernos ubicado en una situación privilegiada en nuestra cadena alimenticia. Y tercera: por una estúpida superstición que no he podido quitarme de la cabeza pero que afortunadamente no le hace daño a mí ni a nadie. Me da pavor pensar en que algo le cae mal a mi estómago y me muero de diarrea, desangrado en medio del cuarto de baño y con la panza vacía. No, sería horrible. Inhumano. *(Transición.)* Yo tengo una práctica enorme para matar pollos. Me encanta retorcerles el pescuezo lentamente hasta que dejan de respirar. O cortárselos con un cuchillo bien filoso y ver cómo dan de saltitos chorreando de sangre toda la casa. ¡Ay, no. Pobrecitos! Las gallinas como que me enternecen. Ha de ser porque llegan a ser madres y eso es algo bien especial. Lo que no soporto de las gallinas es que pongan huevos. Hacen un escándalo enorme y no creo que del puro gusto.

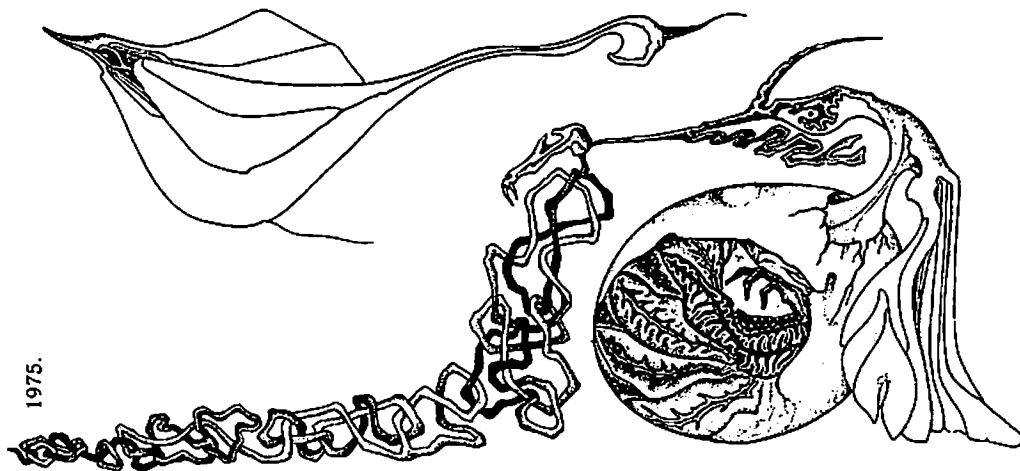
Si tuviera la obligación de reencarnar en algún animal, me gustaría ser gallina. Ah, pero eso sí: sin poner huevos. Sería una gallina mamífera. Sin nada de escándalos. (*Transición.*) El pollo es mucho más blando que la carne de gallina, y mucho más caro. (*Cómplice.*) Por eso hoy compré gallina. Además, el pollo con la cocción se despedaza y queda hecho puré. Para lo que voy a preparar es necesario poner diez chiles pasilla a hervir. Los tomates, una cebolla y el orégano. (*Lo ha hecho.*) Ahora a esperar. Lo bueno es que en mi agenda no hay nada para hoy. Tuve que rechazar dos compromisos. ¡Y de los buenos! No me quedaba otro camino. Ni modo. Todo sea por los ideales. (*A la video.*) ¿Y servirá esta chingadera? A mí esto de los aparatos eléctricos me da mucho miedo. Lo más que agarro, aparte de los instrumentos de la cocina, es la secadora para el pelo. ¡Y miren nada más cómo me lo deja! Se me cae a mechones. El doctor dice que me dé de santos que no se me cae otra cosa. (*Determinante.*) Voy a tener que resignarme a la peluca. Para qué darle largas. Ya estuve viendo una. Es con el cabello color zanahoria y pegadita al coco. Total, si voy a usar peluca, que sea una que llame la atención. Una peluca como la de la Minelli, porque ella usa peluca, cómo no. Se quedó pelona después de una sustancia radioactiva que le pusieron en el salón de belleza. Está calva desde entonces. Yo quiero una como la que usa pero de color zanahoria y cortita cortita. (*Suspira.*) Y yo en mis mejores años que el cabello me caía a los hombros. Era la moda... En los setentas así lo usábamos, con esos cuellos grandes, las patillas y las terlenkas... ¡ay, los setentas! (*Una esfera de*



Cena del rey, 1975.

espejos comienza poco a poco a sobresalir del telar. Gira. Música de la época.) Era el momento en que "este pajarillo ante ustedes" apenas comenzaba a planear su vuelo sobre las modas de la discotecas, y Donna Summer era la reina, muy soberbia ella. Soberbia y negra. Tan negra como soberbia y viceversa. Aeropuerto '75 era la película de éxito. Luego vino otro peliculón: Aeropuerto '76, ¡un bombo! ¿Quién no se acuerda? Y yo allí, aprendiendo a comportarme con propiedad, ¡hasta queriendo estudiar para piloto! ¡Piloto pero de la estufa! De eso bien que me gradué. (*Ríe.*) Mis primeras escapaditas nocturnas, dominando el ambiente de las disco con mi ojo de aguilucho en potencia. Alzando la vista y respingando la nariz, abriendo los labios como a punto de comerse —qué digo comerse— a punto de tragarse a bocanadas el mundo con el humo de mis primeros cigarros. ¡La vida toda! Toda la vida "coleccionando mil amores", girando y girando pero sin decidirme por nada, por nadie. Los coqueteos, y nadie que le llegue al precio. Porque yo me daba a desear, igual que ahora: me daba a desear... (*Con pena.*) bueno, casi igual... En aquellos no lejanos ayeres, rechazaba cervezas invitadas por algún pelafustán necesitado "de cariño"; le ponía precio a mi juventud, a mis nalguitas aterciopeladas... un costo calculado por centímetro cuadrado de mi lechosa superficie corporal. Y nadie que pudiera pagarlo porque aparte de todo, el galán había de cubrir ciertos parámetros de mínima elegancia, de educación, de madurez. Por eso las preguntas obligadas eran: edad, estudias o trabajas, bebidas alcohólicas acostumbradas. ¿Mota? Mota no, *plis*, esa es de etapas ya antiguas, me están hablando de costumbres sesenteras y ésta sí que es otra época. "Es la droga que llegó para quedarse", dirá más de uno, "pues será lo que quieras", diré yo, y aclaro enseguida: "no me gusta el alucine de golfos incomprendidos y distantes". Mejor cuéntame de tus oficios y beneficios, licencia de manejo y modelo de coche, viajes al extranjero, filosofía del sexo, ¡sí! Porque hay que cubrir mínimamente con una cuota de cierta ideología sexual. Posturas acostumbradas, activo, pasivo o "in-ter-na-cio-nal". (*Grita.*) ¡Sí, eso quiero, sí que sí! Pelo en pecho o solamente en las partes nobles, ¿miedo a la muerte?, ¿pavor a las cucarachas? A mí las cucarachas me repugnan, no son *chic*, no tienen caché. (*Transición.*) ¡Alguien me ve, me sonríe, me mira con ojos encendidos de una lascivia deliciosamente indecorosa! Llama al mesero... me señala como sin querer señalarme pero yo entiendo el lenguaje de los gestos... Perfecto. Todo va bien. Cumple con la primera parte del examen. Sonríe. Una pausa musical. Llega el mesero hacia mí y ¡oh, dioses del Olimpo! ¡Sagradas Escrituras mal leídas! ¡Una cerveza! ¡Una estúpida cerveza! Cuando yo, ¿qué no se dio cuenta? Yo estoy tomando un vodka tónico, algo exuberante. Y este necio me llega con la bebida más barata, seguramente porque es la hora feliz del dos por uno en tragos nacionales. ¿Qué pensó: le invito una y me tomo yo la otra por el mismo precio? ¡Pues no! No, no, señor, no puedo aceptar la cerveza del caballero. Devuélvase o tírese. Está decidido.

Una pausa musical pero molesta. Las miradas del pelado me llegan ahora como dardos, como espinas de maguey lanzadas por el gusano repugnante que lo habita. Pero yo, chin chin. Ni calor ni frío. Ni desierto ni gélido glaciar. Me levanto y comienzo la ronda. Dos,



tres pasitos de baile... Llego a la barra, a que otros disfruten con la mirada de esta cinturita de cuello de ganso digna de cualquier bailarín de Milton Ghio que sabe agitarse rítmicamente con el Jasso, el Boom y el Caderazo...

Un atrevido me invita a la cama, y se molesta por mi sacra decisión de permanecer un día más sin mácula que haga sombra en mi entrepierna; pero como yo no quiero problemas, le digo con una voz casi de trueno (*Viendo a alguien del público*): "te perdono porque tú eres una criatura del Universo, no menos que las plantas y las estrellas... (*Una brevísima pausa, luego contundente*)... tienes derecho a existir".

(*Sigue como si nada*.) Village People y los días de camping que dejé de frecuentar porque a otros les daba por Óscar Chávez y la liberación femenina... *¡plis!*, cuando yo, trepado en mis plataformas tamaño súper ultra, bailaba como desaforado "YMCA", "YMCA". (*Entra la música. Coreografía*.) ¡Qué grupazo! Qué revolución tan revolucionaria. Ni Fito Girón bailaba el caderazo como yo.

Y se pasea de cerca otro galán para mostrarme la billetera. Y yo: "no, gracias", hoy no puede ser, estoy esperando a unos amigos: ¡la excusa que nunca falla! ¿Por qué mejor no la semana entrante? Y me da la tarjeta de la oficina donde trabaja para que le llame y concertemos cita. "Sí, ajá, cómo no, encantadísimo, perfecto, no faltaba más, etcétera, etcétera". Tarjeta recibida y tarjeta que va derechita a la calle, cortada en pedacitos tan chiquitos que se esfuman al viento, ay, se esfuman como los días y las semanas de aquella década prodigiosa plagada de "vietnamitas", y de los escándalos de Nixon en la Casa Blanca. La Casa Blanca, siempre tan manchada de porquería. ¡Y como dijo Mónica Lewinski: no por mucho "paladear" amanece más temprano! Tiempos aquellos del lanzamiento y las canciones todavía vivas de mi querido John Gabyn y su exitazo: "I have not more

cash". John Gaby, mi Juanito del alma, mi Juan Gabriel y ¡claro! su canción que nunca pasa de moda: "No tengo dinero"... época de aquellos doce cincuenta por dólar, de Police, y Demmis Roussos y Led Zeppelin y Barry White... ¿Cuándo Donna Summer pasará de moda? ¿Cuándo creen? ¡Cuando deje de ser negra! ¡Y eso es: nunca! Yo soy solamente una lentejuela de su cauda de miles y miles de lucecitas que estamos aquí para recordarlos... pedacitos que se esfuman en el aire de los meses y los años... los setentas, ay, los setentas...

(Transición violenta.) A mí el hablar del pasado es algo que no me avergüenza. Pero es traer los pantalones rotos y deshilachados como los usan muchos. Rotos de atrás y de adelante, mostrando lo inmostrable, sin pudor, sin nadita de pena. *(Transición. A la tele.)* ¿Y estará ya lista para funcionar?

(La enciende. Cambia de canal. Hace algunos comentarios sobre lo que ve y repite al unísono dos o tres comerciales.)

Aquí está la cámara para la filmación. Que ya está conectada me dijo el hermano de la Fofis, él es muchacho y entiende de estas cuestiones. Ahora son otros tiempos.

(Se arregla la camisa y el cabello. Saca un delantal, un gorro de cocinero y se los pone.) Antes, un poco de tequila para templar los nervios. *(Se sirve y bebe.)* Listo.



El canto del cisne, 1974.

(Mira a su alrededor, limpia alguna pequeña manchita del refrigerador. Respira profundamente.)

¡Corre videotape! *(Pone el play hasta la grabación y rapidísimo va hasta la barra.)* Cinco, cuatro, tres, dos... uno... *(Respira.)* Señoras y señores, muy buenas tardes. Antes de comenzar quisiera decir alguna cosa: si la gente dedica libros y hasta películas a los que quiere y estima, yo quiero dedicar esta receta a un gran amigo que de seguro —aunque no sea en directo— me va a estar viendo en estos momentos. Un compañero que ha sido para mí algo más que... ¡No, no! *(Va a la cámara y regresa la grabación. Ahora ve y escucha su parte.)* Eso es muy cursi. Además para qué andarlo gritando si todavía... o quién sabe... No. Mejor así lo dejamos.

(Regresa el cassette al principio. Prepara de nuevo la cámara y corre a su sitio.)

Cinco, cuatro, tres, dos... uno... *(Respira.)* Señoras y señores, muy buenas tardes. “Los hombres también cocinamos” y algunos no lo hacemos tan mal. *(Sonrisa. Pausa.)* Quiero agradecer la oportunidad y el espacio que nos ofrecen para poder mostrar nuestras aptitudes y conocimientos de cocina. Yo soy Juan Carlos y aunque trabajo en una oficina de gobierno, entre polvo y plantas artificiales, en mis ratos libres, los fines de semana como hoy, me gusta preparar y prepararme mi propia comida. Detesto los puestos ambulantes por insalubres e incómodos. *(Pausa.)* ¿Qué otra cosa hay que mencionar? *(Breve pausa.)* Me gustaría ganar este concurso porque me encanta la playa y mucho más la de Miami. Digo, nunca he estado allí pero en la tele, con los documentales que pasan, se ve. Llena de olas y arena y gente. *(Emocionadísimo.)* ¡Además son tres días y dos noches! Sobre todo las noches. Ay, si me gano el primer premio voy a poder invitar a un amigo del trabajo, le va a dar mucho gusto el viaje en avión, con hotel y todo pagado. Por eso me animé a participar. ¡Dos noches! Si gano, cambiaría toda mi vida... *(Suspira. Cruza los dedos.)* La receta que quiero contarles es una muy común del sur de Jalisco pero poco conocida por nosotros que somos ya parte de una ciudad tan enorme como ésta. Es una receta desconocida por las nuevas generaciones. Por la flojera en preguntar a la abuelita, porque los matrimonios jóvenes comen puras sopas Campbell's y pollos del Kentucky y párale de contar. Con una dieta como esa y no nos extraña que los hijos les salgan con cara de hojalata. Les decía de la receta. La aprendí de una tía abuela, ella me la enseñó. Ahora yo le he dado mi toque especial, de hada madrina, cosmopolita.

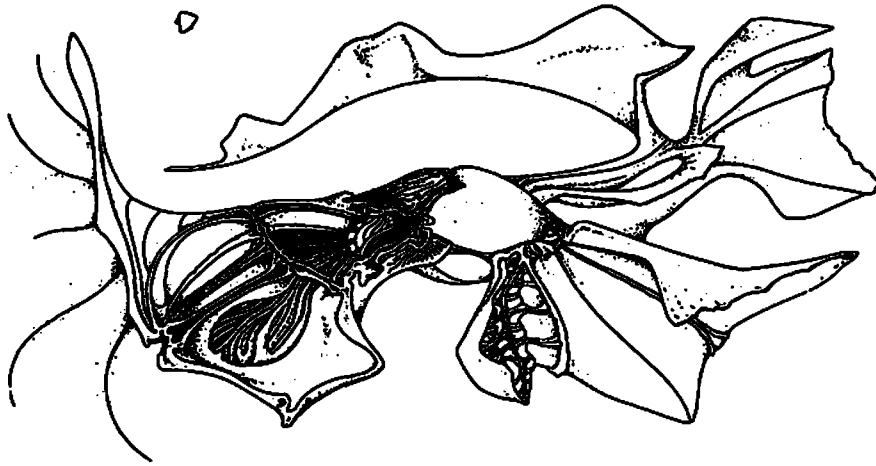
(Saca una libretita en donde puede leerse el título de “Recetas familiares de cocina”. Muestra también los ingredientes y realiza las tareas. Siempre dirigiéndose a la tele.)

Lo que necesitamos son, una gallina previamente cocida sólo con sal y ajo. Note por favor que digo solamente con el ajo y la sal. Aquí la tenemos, ya deshuesada y desmenuzada. Separamos el agua donde cocimos la gallina porque vamos a ponerle el atole de masa de maíz. Cuatrocientos gramos de masa. Bueno, no es una receta recomendable para diabéticos... litro y medio de caldo de pollo. El atole ya saben que se hace revolviendo el agua y la masa hasta desaparecerla y hacerla eso: atole. Es totalmente absurdo que una receta de cocina se prepare en quince minutos como ustedes lo piden en las bases del

concurso. Es imposible. Si una ama de casa se pasa toda la mañana picando, lavando, pelando, sazónando, ¿cómo que en quince minutos? *(Pausa.)* ¿Eh? *(Pausa.)* En fin, aquí tenemos el litro y medio de atole y la gallina desmenuzada. Les decía que no hay mejor elección que una gallina porque aguanta más el fuego y no se les despedaza, y tiene mejor sazón para la receta. En este recipiente se ponen a cocer los diez chiles cascabel. Anoten. Diez chiles cascabel previamente lavados, claro. Tres chiles mirasol o pasilla chinos, como quieran decirles. Una cebolla mediana, un ajo y el orégano. Ah, también tres o cuatro tomates. Aquí tengo ya todo cocido. Pues bien, todo esto lo ponemos en la licuadora junto a los pellejos, el hígado, el corazón y la molleja de la gallina. Lo molemos muy bien. *(Lo hace. Mientras la licuadora está encendida se sirve una copa de tequila y bebe.)* Ahora hay que colar todo lo molido y echarlo al atole caliente. *(Ríe.)* ¡Ay, me siento Chepina Peralta! Aunque por supuesto, ella es una pelada y vulgar. Ha de ser una mujer enteramente insatisfecha... O una mujer enteramente entera. En fin. Lo que le hace falta es que se la conecten al microondas. Cómo no. *(Timbra insistentemente el teléfono.)* ¡Solo eso me faltaba!

(Va a la cámara de video y le pone la pausa. Saca el teléfono del horno de la estufa.)

¿Bueno? ¡Ah, eres tú! Te dije que no me llamaras a esta hora. No, no estoy enojado pero te advertí lo de la grabación. Sí, el concurso. Bueno, ya. No llores. No me digas que te volvió a pegar ese sinvergüenza. ¿A qué hora, tú? ¡Uh, yo andaba en el súper haciendo los corajes de mi vida y tú sufriendo como trapeador de central camionera! Tú que lo aguantas, hermanita. Lo haces por mero gusto. Claro. Mira, me choca servir de pañuelo de lágrimas a alguien que se le dice una cosa por un lado y se le sale por el otro. Tienes la culpa por dejada. Sí, tú. Sí, a ver a mí que me pongan una mano encima. No tengas miedo de dejarlo, viejos es lo que sobra en el mundo, hermanita. Ay, mira yo no sé. Allá tú. No me vengas otra vez con el mismo asunto de suicidarte. Por favor, si lo vas a hacer hazlo pero no molestes por teléfono, no me vayas a *charpear*. Hoy es un día para mí muy importante. Decisivo. ¿Entiendes? ¿Eh? *(Pausa.)* ¿Bueno? ¿Bueno? ¡Esta vieja loca! *(Cuelga. Se sirve una copa y bebe.)* Que le pega el amante. Ya quisiera yo que me pegaran aunque fueran las almorranas. Y se queja. Se queja de tener el amor en su recámara. Está loca. *(Arranca la video. Edita. Continúa.)* Una vez que tenemos molidos todos los ingredientes... una vez molidos... *(Observa a través de la ventana hacia un piso superior.)* ¡Ah, cómo muelen! *(Grita hacia fuera. Ya no hace caso a la video.)* ¿Qué se le perdió? Ahora qué es lo que busca. ¡Sí, soy yo. El que los fines de semana se viste de japonesa, el del kimono! ¡Pero les falló porque lo mandé a la tintorería, hoy no tendrán función! ¡Bola de entrometidos! ¿Por qué ven la paja en el ojo ajeno? ¡Vieja pendeja! *(Cierra de golpe su ventana.)* Siempre es lo mismo. Con estas calles tan estrechas y los departamentos de enfrente que los tengo casi pegados a las narices. Eso de enfrente era un parque público. Uno que otro arbolito y dos o tres jardineras con rosales. Y ahora lo que han construido. Apartamentos. Qué digo apartamentos: palomeras. Parecen cárceles de tan estrechos e inhumanos. Hacinamiento. Todo cambiado. Adiós a las tardes de sol en la



Ofelta, 1975.

azotea. Adiós a la intimidad. Nada puedo hacer sin que alguno se de cuenta. Siento que los tengo encima. Que docenas de ojos me vigilan cada uno de mis pasos. Que se asoman por el lavamanos cuando canto bajo la regadera. (*Sirve su copita y toma de golpe.*) Que le pega el amante a mi santa hermana. Pues que le pegue, a mí qué. (*Ríe con soltura. Reacciona al ver su reloj. Se pone pálido.*) ¡Estoy con el tiempo encima! Es tardísimo. Ha de venir ya en el camino y yo aquí peleándome con la vecina. ¡Si me viera! No quiero que tenga malas impresiones de mi persona. Y menos hoy. Ay. ¿Qué me falta? (*A la tele.*) Ah, pues ya. Queridos amigos: debemos poner en el atole hirviendo nuestra gallinita desmenuzada. (*Lo hace.*) Y ahora a revolver de vez en cuando hasta que suelte el primer hervor. (*Incómodo.*) Lo que ya se me soltó a mí es el estómago. Tenía que pasarme. Siempre que me pongo nervioso sucede lo mismo. No es posible. (*Sirve su séptima copita y bebe.*) Aunque no tengo por qué. El será el jefe y lo que quiera allá en la oficina pero aquí son mis dominios, mi territorio. Sólo espero que entre por esa puerta... (*Se asoma.*) Ni el coche ni nada pero no ha de tardar. Si entra por esa puerta, no se me va vivo. No voy a dejarlo salir. Va a tener qué oírme. Para mí es muy incómodo que solamente me invite cada que se pelea con la mujer. Entonces sí, Carlitos por aquí, mi Charlie por allá... y me tiene nomás calentándome la cabeza. ¡Ay, ya no aguanto! ¡Que entre a esta casa y limpio ya no sale! (*Va a la olla.*) Esto ya está, y si no, que se la coma cruda. (*Lo prueba con el dorso de su mano.*) Un poquitín desabrido pero nada más. (*A la video que sigue grabando.*) ¡Listo! Ahora a sentarse a la mesa y paladear con la familia. Muchas gracias, señores jueces. Espero que pronto pueda saludarlos personalmente.

(*Corre y regresa totalmente el cassette. Sirve su copita y bebe.*)

No es que sea un borracho empedernido. Lo que pasa es que necesito valor. Valor como cuando les dije a mis papás que me iba de la casa... ¡La que se armó en ese

entonces! Y me quedé endrogado con la renta del departamento y con los nervios en un tris. Todos deshechos. Totalmente destruidos. Ya no podía regresar a la casa y tuve que continuar solo. (*Lentamente bebe otra copa. Muy profundo.*) No sé qué es lo que me pasa. Qué es lo que tengo. He recorrido con una suerte negra para el amor. Los jovencitos lo que desean es divertirse, exprimírte la cartera igual que hacen con sus espinillas y brincar de cama en cama. Tuve una aventura de esas. Te enfadas de servir de nana o te niegas a seguir manteniéndoles sus vicios y se van. Desaparecen para siempre dejándote un sabor amargo en la boca... De esas experiencias ya no me pasa otra. Por eso, desde hace seis meses... ¿seis ya? Con qué velocidad se va el tiempo. Desde hace medio año cuando mi jefe me propone salir la primera vez muy en plan serio, pensé que me había llegado el momento. Que tantos años de desilusión tras desilusión había sido lo justo para lo que me esperaba. La recompensa. Y no. Nada sale como lo planeo. Todo es exactamente al revés. El amor se me escurre de las manos como objeto jabonoso. Me quiero afianzar a algo, a alguien, atraparlo, y entre más lo intento, no dejo de llorar todas mis noches esta profunda soledad. ¡La terrible soledad de hombre acompañado! (*Transición.*) ¡En fin! Estamos vivos y a lo mejor éste es el riesgo por estarlo.

(*Pone su grabación desde el principio. La televisión está dispuesta de tal forma que el público puede ver perfectamente la pantalla. Juan Carlos desaparece por la puerta trasera que conduce al interior. Se inicia la proyección del video. Transcurre un par de minutos. Juan Carlos entra. Lleva puesta una elegante bata con motivos chinescos. Trae un enorme abanico de plumas de avestruz y un par de zapatos de madera. Avanza a proscenio mientras la luz enciende y toma fuerza la melodía " Sophie " interpretada por Edith Piaf. Ahora solamente lo ilumina un cenital. La imagen del televisor se ha detenido en un esperpéntico close-up.*)

Mademoiselle Sophie... Sophie... Edith Piaf. Sophie Loren. Marlene Dietrich. Romy Schneider. Lis Taylor. Canutillo. Carolina de Mónaco. Escotes pronunciados. Natalie Wood. Candilejas. Julie Andrews. Copas de champagne. Madonna. Party line. Rocío Dúrcal. Sevillanas y castañuelas. Isabel Pantoja. Ranchos llenos de vacas y capataces, mantillas, peinetas, flamenco... Xuxa. Ana Torroja. Raffaella Carrá. Yuri. Thalía... (*Canta un pequeño trozo y baila, muy animado.*)

Si por lo menos un día, una sola hora, fuera como una de ellas. Como una estrella. Si por lo menos tuviera un sueño donde yo reencarnara sus figuras, sus rostros, sus conquistas... No tengo ni gracia para imaginar cosas verdaderamente importantes. Todo mi mundo, mi mundillo es el trabajo, la receta de cocina, la revista de los chismes, y los sueños de Sophie, de Mademoiselle Sophie...

(*La luz vuelve a la normalidad. El video sigue su marcha.*)

¡Botijón, grasiento, gordinflón! (*Baja el volumen de la tele. Ríe.*) ¿Cómo quieres atrapar el amor si estás viejo, calvo y te comienzan los achaques? Estás ya pasado de época. Hueles a rancio. (*Abatido.*) Estoy cansado de que me traten como plato de segunda, como festín para los perros. (*Melancólico.*) No va a llegar nadie. No te hagas ilusiones

poniéndole a la cama tus sábanas nuevas, nadie va a venir a ensuciártelas. Nunca va a venir. Eso dijo desde hace seis meses y aquí estoy como pendejo esperándolo desde hace seis meses, cada sábado a la misma hora. Veintitrés sábados justos. Veintitrés sábados preparando la misma mugre gallina porque mi madre decía que por el estómago, con la comida, se conquista a quien se quiere. ¡Y cada día me queda peor! (*Prueba y escupe.*) ¡Asqueroso! Y llega el lunes y te disculpas con tu encantadora sonrisa que me sigue convenciendo. Martes, miércoles y jueves no me diriges la palabra, a no ser por un leve piquete aquí en mis costillas cuando nos encontramos subiendo y bajando por los elevadores. Quieres guardar las apariencias y yo como un perfecto estúpido, te doy la razón. Llega el viernes, y llamándome desde tu despacho, con palabras entrecortadas y con nuestro supuesto código secreto, me prometes tu visita y yo que te sigo creyendo. Veintitrés sábados creyendo tu mismo cuento. (*Cruel.*) Un día te voy a cocer los huevos. (*Triste.*) ¿Pero cómo vas a venir si tienes a tu esposa y a tus dos hijos? ¿Cómo vas a querer estar con un maricón cuando eres un padre ejemplar para tu familia? ¿Por qué me hiciste creer que me querías? Si cuando menos una vez me hubieras permitido demostrártelo en la cama... lo que te interesa son mis préstamos, el dinero que siempre me pides para irte con las putas. Eso es todo el encanto que significo para ti. Desgraciado. ¡Pinche Pepe! (*Ve la televisión.*) No tengo vergüenza. Queriendo ganar un concurso para raptarte y llevarte a Miami un fin de semana. Con un fin de semana podría conformarme. Y preparando éstos muges platillos para tener la forma de invitarte el avión una sola vez en mi pinche vida. Darme ese gusto. Lo más que voy a ganar en este ridículo concurso es un par de cucharas de acero inoxidable, como premio de consolación. (*Bebe ahora directamente de la botella.*) No hay recetas para conquistarte. Eres de otro mundo. De los aprovechados. Yo no. Yo soy un simple maricón enamorado. (*Pausa.*) Me la volviste hacer. ¡Pinche Pepe, te voy a cocer los huevos!

(*Está completamente borracho. Agarra cucharadas de su comida y las arroja furioso contra el televisor.*)

Estoy harto de que me vean como plato de segunda. (*Bebe.*) Veintitrés sábados. Veintitrés.

(*De una canasta recoge unos huevos y los lanza contra el televisor, contra la estufa, los revienta en sus manos. Impera el absoluto desorden.*)

(*Se sienta. Solloza.*) El amor se escurre de las manos como objeto jabonoso.

(*Clava fijamente su mirada en su imagen del televisor. Una pausa. De pronto interrumpe el timbre de la puerta. Juan Carlos intenta ponerse de pie pero prefiere continuar sentado y con la mirada en el televisor. Comienza a desplumar su abanico muy despacio, al tiempo que murmura.*):

Miami... Miami...

(*El telón cierra lentamente mientras continúa insistente el timbre de la puerta.*)

Fin. LC